

López Moreda), o a sus textos históricos, que constituirían una concepción de la historia guiada por el afán de objetividad y no, como se acostumbraba, por la servidumbre a una casa política. La explicación de su método erudito, filológico e histórico, como base de la nueva educación, y la defensa del latín gramatical para la restauración de los valores antiguos están perfectamente sintetizadas en este último capítulo de la obra. Se insiste atinadamente en la valía filológica de Valla, pero tal análisis es el que se ha echado en falta para otros humanistas, pues daría una idea mucho mejor de la evolución misma de la filología desde Petrarca hasta este momento; por lo mismo, no habría estado de más, como mero contraste, alguna alusión al gran filólogo de la segunda mitad del siglo XV, Angelo Poliziano, cuya valía en este terreno nada desmerece del propio Valla. Asimismo, se esperaría alguna referencia a la postura literaria e imitativa de Valla, defensor de un eclecticismo cuya naturaleza expuso por extenso, por ejemplo, en los textos polémicos contra Poggio Bracciolini.

En definitiva, la obra que nos presenta Guido M. Capelli contribuye a mejorar el conocimiento del humanismo italiano en sus orígenes y a valorar en sus justos términos el alcance que tuvo en su momento y la influencia que acabaría ejerciendo en todo el Occidente. Pese a las observaciones expuestas, que han de entenderse como meros apuntes de lector curioso, la obra constituye una buena síntesis que, como tal, selecciona de una forma personal, pero muy ajustada. Aun cuando a veces encontramos ciertas incoherencias metodológicas o algunas asimetrías en el tratamiento de los temas, la lectura de la obra nos da una visión más amplia y, si se quiere, más contextualizada del humanismo: no fueron sus representantes máximos genios innatos o dioses de la intelectualidad, sino personas de carne y hueso que vivieron en lugares y tiempos concretos y que llevaban marcada en su espíritu la huella particular de una época. En tal sentido, quizá la obra comentada habría necesitado unas breves páginas de cierre que sintetizasen del todo y recapitasen con claridad la concepción del autor sobre este irrepetible movimiento cultural, cívico y pedagógico.

Miguel Ángel GONZÁLEZ MANJARRÉS  
Universidad de Valladolid

FRANCISCO GARCÍA JURADO, *Borges, autor de la Eneida. Poética del laberinto*, Madrid, Biblioteca ELR Ediciones, 2006, 130 págs. ISBN 84-87607-17-9.

*Mis noches están llenas de Virgilio*

Con este verso borgiano inicia Theodor Ziolkowski su ya clásica monografía *Virgil and the moderns* (Princeton, 1993). Sin embargo, en ningún momento se

refiere al influjo del poeta de Mantua en Jorge Luis Borges. Tampoco corre mejor suerte el autor argentino en la *Enciclopedia Virgiliana*, en la que no es objeto de una entrada independiente, limitándose su aparición a un párrafo incluido en la voz *Argentina*, en el que su autora, Alma Novella Marani, califica la presencia de Virgilio en Borges de “reminiscenzi fuggevoli o di moduli eruditi”, a lo que añade: “la sua consuetudine di lettore del mantovano, sempre ammirativa, non connota la sua creazione con precise influenze”.

Este vacío lo llena la obra de Francisco García Jurado, último eslabón de una cadena de trabajos que el autor dedica a la tradición clásica en el siglo XX en general, y a Borges en particular, con títulos como *Encuentros complejos entre la literatura latina y las modernas: una perspectiva desde el comparatismo* (Madrid, 1999) o “Borges, las lenguas clásicas y la cultura europea” (2005).

Los primeros capítulos de la obra son de naturaleza teórica. En ellos, el autor expone el propósito del libro y la metodología de la que se ha servido para alcanzarlo.

En cuanto a la primera cuestión, el autor se refiere a la lectura de la *Eneida* por parte de Borges como uno de esos encuentros complejos entre la literatura latina y las modernas, encuentros que dan lugar a fusiones y asociaciones imprevisibles. En el caso de Virgilio, el mantuano genera una serie numerosa y compleja de lecturas no académicas, en cuya cadena Borges es un eslabón. El propósito del profesor García Jurado es escudriñar las claves estéticas, históricas y vitales que expliquen la peculiar lectura que el autor argentino realiza del poema épico virgiliano, lectura que el profesor García Jurado condensa en la etiqueta “épica del alma”, denominación que yo comparto y que me recuerda a la definición de la *Eneida* de Virgilio como “épica del sentimiento”, formulación debida al consagrado virgilianista Gian Biagio Conte, y que da título a una de sus obras más recientes (*Virgilio: l'epica del sentimento*, Torino, 2002).

Con unos propósitos de este tipo, el profesor García Jurado declara insuficientes los métodos comparatistas derivados del positivismo, sobre todo los de la llamada “escuela francesa”, que dan lugar a estudios del tipo “A en B”. Asimismo, declara explícitamente que el libro no se inscribe en las tradicionales etiquetas de *Tradición Clásica* o *Estudio de Fuentes*. Intencionadamente, el autor no ha denominado su obra “Virgilio en Borges”, dado que, en palabras del propio autor, dicho estudio desafía diacronía y ciencia positiva, desafío que se percibe desde el propio título de la obra, que, no hace falta decirlo, remeda al del célebre relato borgiano “Pierre Ménard, autor del Quijote”. En concreto, el autor declara que pende una pregunta: ¿puede la perfección de unos versos equivaler a la perfección de toda una obra? Cuestión, dicho sea de paso, tremendamente borgiana, y que se plasma, entre otros textos, en un relato titulado “El espejo y la máscara” incluido en *El libro de arena*. En él se narra cómo un poeta compone en honor de un rey, en años sucesivos, tres poemas panegíricos, el último de los

cuales queda reducido a un verso. Si tenemos en cuenta que, al encargarle el poeta dicha tarea, el rey dice “Yo seré tu Eneas. Tú serás mi Virgilio”, podemos intuir el posible sueño borgiano de una *Eneida* reducida a un solo verso perfecto.

A la presencia efectiva de Virgilio en la obra de Borges se dedica el capítulo tercero de la obra, presencia que se reduce a unos pocos versos y vocablos, que aparecen en su obra con una recurrencia extraordinaria, y que tienen en común su carácter intimista, todo ello en aras de esa lectura de la *Eneida* como “épica del alma”, a la que ya nos hemos referido, o como una épica elegíaca, a la que el autor se refiere en el capítulo quinto, y que considera como un ejemplo de cruce de géneros, manifestación de esa complejidad del encuentro entre una obra literaria clásica y otra moderna. Entre los hexámetros más recurridos de la *Eneida*, destaca el verso 268 del libro VI (*ibant obscuri sola sub nocte per umbram*), sobre el que luego volveremos con más detenimiento.

Sin embargo, la recepción de Virgilio en Borges no sólo se refleja en la presencia efectiva de los hexámetros del mantuano en la obra borgiana, sino que el autor argentino disemina, aquí y allá, comentarios acerca de la obra del poeta de Mantua (lo que Genette, en su ya clásico *Palimpsestos* denomina “metatexto”). A este aspecto se dedica el capítulo cuarto de la obra, con un título muy sugerente: “Comentarios: la biblioteca de la *Eneida*”.

Es un hecho conocido, y es algo que subraya el profesor García Jurado, la importancia que el hecho de la lectura tiene en la obra de Borges. En varias ocasiones se califica a sí mismo de lector hedónico, y es célebre su afirmación de que, mientras otros autores se sienten satisfechos de los libros que han escrito, él se enorgullece de los que ha leído.

Como ya hemos dicho, Virgilio genera una gran cantidad de lecturas no académicas, sobre todo en los siglos XIX y XX (de hecho, en palabras del citado Ziolkowski, invocadas por el profesor García Jurado, Virgilio es demasiado importante para quedar relegado al ámbito de la Filología Clásica). Desde Huysmans, con su visión crítica de Virgilio incluida en el capítulo IV de su obra *A contrapelo* (donde, con la excusa de describir la extensa biblioteca de Des Esseintes, realiza un recorrido crítico por la literatura escrita en latín desde la época de Cicerón hasta la escolástica medieval), hasta las visiones adventistas de Haecker o Eliot, han sido muchos los autores que, fuera del ámbito de la Filología Clásica, han mostrado un interés teórico por la poesía de Virgilio. El profesor García Jurado rastrea en este capítulo los autores que han podido impulsar la lectura borgiana de la *Eneida* y que son, fundamentalmente, Dante, Leibniz, Gibbon, Croce y T. S. Eliot.

Por lo que se refiere al primero, Borges señala cómo, de la *Divina Comedia*, le interesan sólo su dimensión psicológica y estética, dejando aparte sus interpretaciones alegóricas, defendiendo en varias ocasiones una lectura ingenua del poema de Dante. Lo cierto es que, dentro de esas lecturas no académicas de Virgilio en el siglo XX, es frecuente la intermediación de Dante, considerada en unas

ocasiones positiva (caso de Eliot) y negativa en otras (así, por ejemplo, en *La montaña mágica* de Thomas Mann, Naphta, un hosco profesor de latín, achaca a Dante la veneración que Occidente siente por la poesía de Virgilio, culpando al poeta italiano de la significación trascendente que se le ha otorgado).

Por lo que se refiere a Leibniz, se ha subrayado frecuentemente la deuda que Borges tiene contraída con el filósofo, al que se refiere frecuentemente de forma elogiosa, llegándose a decir que la obra borgiana es una plasmación literaria de la filosofía de Leibniz. Por lo que se refiere al terreno que nos ocupa, Borges debe a Leibniz, según García Jurado, la consideración de la *Eneida* como obra perfecta (de hecho, el autor argentino cita un texto de Leibniz en el que la califica de esta manera), así como su concepción de que cada verso de la *Eneida* sería un compendio de dicha perfección, en relación con la monadología leibniziana, conexión que nos parece muy sugerente.

De Croce tomaría la necesidad de una consideración estética de la obra literaria, frente a la histórico-positivista imperante a principios del siglo XX (conocida es la oposición de Croce a la disciplina de literatura comparada que estaba empezando a nacer en esa época, puesto que consideraba que la exposición de las conexiones de la obra literaria con sus precedentes no lograría explicar su esencia).

Con Eliot compartiría su anticomunismo y la visión de Virgilio como un clásico intemporal, si bien se trata de un Virgilio despojado de contenidos cristianos. A pesar de que esto es así, no podemos dejar de citar un verso perteneciente a un poema titulado “Fragmentos de un Evangelio apócrifo” (incluido en su obra *Elogio de la sombra*), que viene a ser una suerte de bienaventuranzas, en una de las cuales aúna a Virgilio y a Cristo: “Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo porque éstas darán luz a sus días”.

Hemos dejado intencionadamente a Gibbon para el final, ya que la lectura de la *Autobiografía* del erudito inglés le lleva, según confesión del autor argentino, al libro VI de la *Eneida*, al que pertenece el hexámetro *ibant obscuri sola sub nocte per umbram* (v. 268), sin duda el que aparece más recurrentemente, tanto en forma de recreaciones poéticas como en comentarios. Dicho verso, al que Borges no duda en calificar de perfecto, se ha visto como un ejemplo arquetípico de hipálage (así figura, por ejemplo, en el clásico *Manual de Retórica Literaria* de Lausberg), figura que, de acuerdo con Borges, estaría combinada con el hipérbaton. Sin embargo, Borges, desde una postura idealista de raíz croceana, trata de superar la retórica de las figuras literarias, intentando desentrañar la visión que surge de la lectura literal de dicho verso. En este sentido, encontramos reflexiones literarias sobre el mencionado hexámetro en *El hacedor* o en *Biblioteca personal*, donde defiende una lectura literal de dicho verso. Dicho sea de paso, esa lectura no académica de Borges coincide con otras lecturas académicas. Sirva de ejemplo el comentario que de dicho verso realiza Francisco Rodríguez Adrados: “Eneas y la Sibila no van por

la oscuridad del infierno: son oscuridad ellos mismos” (*Lingüística estructural*, Madrid, 1969, p. 648).

Completan la obra una galería de imágenes comentadas, alusivas al contenido del libro (lo que García Jurado llama *Museo imaginario de la Eneida borgiana*) y una selecta bibliografía.

Estamos, pues, ante una monografía en la que, de la mano de Francisco García Jurado, el lector descubre la lectura que Borges realiza de la *Eneida* de Virgilio, obra que, en palabras del autor, se convierte en una “obra subterránea”, denominación, en nuestra opinión, mucho más feliz que la etiqueta aséptica de “subtexto”, empleada por algunas corrientes literarias modernas. Además de esto, y dado el papel crucial que el hecho de la lectura desempeña en el argentino, el profesor García Jurado nos hace ver cómo la lectura particular de Borges es un eslabón en la cadena de lecturas virgilianas, en la que aparecen nombres como Dante, Croce o Eliot. Todo ello escrito en un estilo elegante (como dice la máxima que encabeza el clásico *Literatura europea y Edad Media latina*, un libro de ciencia debe ser ciencia, pero también debe ser un libro) y un tono en el que se aúnan rigor filológico y pasión borgiana. En suma, en este libro tenemos un ejemplo de lo que se puede pedir a un filólogo.

José Antonio IZQUIERDO IZQUIERDO

Universidad de Valladolid

CRISTÓBAL MACÍAS VILLALOBOS, *Panorama actual de la Filología Hispánica y Clásica en la Red: docencia e investigación*, con la colaboración de José Manuel Ortega Vera y José Luis Jiménez Muñoz, Sevilla, Ediciones Alfar (Colección *Alfar Universidad*, 144), 2006, 219 págs. ISBN 84-7898-243-4.

Si hace algunos años nos hubieran hablado de unos aparatos capaces de almacenar y administrar gran cantidad de datos y que, conectados entre sí, permitieran compartir dicha información a una escala mundial, hubiéramos pensado que se trataba de un sueño utópico, pero esta utopía sí ha tenido lugar y se conoce con el nombre de Internet.

Las posibilidades que esta interconexión de ordenadores ofrece a las diversas disciplinas científicas son muy numerosas y variadas. Por supuesto, las filologías (en este caso, Hispánica y Clásica) tampoco han sido ajenas a este fenómeno y han tejido su propio espacio virtual. Pero, para que la Red no se convierta en una maraña inextricable, es preciso disponer de unos conocimientos que nos ayuden a desentrañar y aprovechar todo el potencial que encierra, ya que, a pesar de sus